www.loqueleo.com/es

© 2017, Paula Carballeira
© 2017, Lucía Cobo
© De esta edición:
2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-349-8
Depósito legal: M-2.953-2019
Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: marzo de 2020

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Bruja y familia

Paula Carballeira

Ilustraciones de Lucía Cobo

loqueleo

Para las familias de las que venimos,
las que vamos creando sin darnos cuenta,
las que nos vamos encontrando por el camino
y se vuelven nuestras,
tengan la piel que tengan,
porque la sangre siempre es roja.

1

Yo

Yo a veces soy un poco animal. Lo reconozco. Por las mañanas parezco un oso saliendo de su cueva, despeinada, torpe, bostezando y rascándome la cabeza. Cuando tengo hambre, puedo comer la carne como una leona, o las verduras como un rinoceronte, casi sin respirar, a grandes bocados, incluso haciendo ruidos que son de muy mala educación. Me encantan los caramelos y las golosinas, y sé que doy la imagen de una vaca o de una jirafa con la hierba siempre en la boca.

Puedo roncar como una tigresa, correr como una liebre si se me escapa el autobús,

ensuciarme como una gorrina si piso los charcos llenos de barro que hay en el medio del camino, dormir como una marmota, saltar como un canguro, escupir como una llama, llorar como un cocodrilo, reír como una mona, pasar horas en el campo mirando al horizonte como una oveja...

Cuando golpeo las puertas, alguien me dice:

—¡No seas animal!

Cuando exagero contando las cosas, alguien me dice:

—¡Mira que eres animal!

Cuando abro los regalos con ganas y rompo los papeles, alguien me dice:

—¡Animal!

Creo que todos somos un poco animales a veces. Hubo un tiempo en el que nos entendíamos mejor, los animales y nosotros, los seres humanos, y era casi como si hablásemos

la misma lengua. Después, pasó algo y empezamos a desconfiar, a tenernos miedo, a apartarnos. Nos quedamos un poco más solos.

Aun así, algunos animales se mantuvieron a nuestro lado. Los llamamos animales de compañía, o mascotas, porque pensamos que son nuestros, que nos pertenecen. Si lo pensamos bien, ellos tienen su vida y somos nosotros quienes los acompañamos, quienes los alimentamos, quienes los cuidamos, quienes los reñimos y nos enfadamos. Somos nosotros los animales de compañía.

Una buena compañía o una mala compañía, dependiendo del día que tengamos.

En mi casa, acompaño a varios animales: dos gatas, un caracol de baño, una araña con siete patas, una mosca inmortal, una escolopendra bailarina..., y todos tienen su propia historia, que en algún momento se cruzó con la mía.

Cuando alguien dice que vivo sola, me echo a reír, porque pienso en todos los animales a los que les hago compañía. Y empiezo a imaginar lo que dirían las gatas si les preguntasen:

—¿No tenéis miedo de vivir solas en esa casa de piedra?

10 Ellas contestarían:

—No vivimos solas, hay una mujer que nos acompaña. Le gusta que nos arrimemos a ella cuando se queda en la cama las mañanas que no tiene prisa. Si maullamos con pena, ponemos ojos tristes y nos rozamos contra sus piernas, nos pone comida en el plato para que la dejemos tranquila. Grita cuando nos ve con un pájaro en la boca, pero sonríe si corremos detrás de un ratón o si saltamos para cazar alguna mosca.

»Cuando está triste, quiere cogernos y acariciarnos en su regazo, pero nosotras

huimos. Como se porta bien, y deja que salgamos y nos deja entrar si tenemos frío, y nos deja afilarnos las uñas en la alfombra, la dejamos que viva en nuestra casa. En los largos días de invierno, nos acercamos a las estufas, miramos detrás de los cristales cómo

cae la lluvia y los pocos caminantes que apuran el paso bajo los paraguas. Ella también. De noche, nosotras podemos ver cosas que los humanos no ven, y a ella le entra el miedo. No sabe que la protegemos.

Pues así es. En una pequeña casa de piedra, al lado de un río de donde sale la niebla, vivimos una gata vieja, una gata cazadora, muchos otros animales salvajes y yo. Recibimos pocas visitas, porque la gente desconfía, no tanto de los animales como de las brujas, y no sé por qué. Las brujas, generalmente, no somos peligrosas. Las brujas,

generalmente, queremos ayudar. Pero hay tantos cuentos sobre brujas malvadas que debemos tener cuidado. Como en mi familia yo soy la única bruja, no aprendí eso hasta que ya fue demasiado tarde y, en vez de no llamar la atención, ahora todo el mundo me conoce por la Bruja de la Casa de Piedra.

Algunas veces echo de menos a alguien que hable mi lengua, con brazos y piernas y no con patas, cuernos, pico o garras, y hasta siento el impulso de subirme al tejado en las noches de luna llena para abrazar al monstruo que por allí anda. Pero no me preocupo. Mi abuelo me dijo hace tiempo que una bruja siempre tiene a su alrededor alguien que la cuide, y sé que tiene razón.

2

Prisciliano

14 Una mañana, entrando en el baño, lo encontré subiendo despacio por la bañera.

Era un caracol pequeño, que sacó los cuernos en cuanto encendí la luz y se metió dentro de la concha en cuanto abrí el grifo de la ducha.

Me pareció un aventurero. No debe de ser fácil recorrer un cuarto de baño siendo caracol de campo. Enseguida le puse nombre y le presté toda la atención que merecía.

Desde entonces, siempre que entro en el baño, busco a Prisciliano.

Para él no hay límites ni fronteras. Puede estar detrás de la esponja, o escalando el

bote de champú, o escondido debajo de la alfombra.

Tengo mucho cuidado para no pisarlo, porque, aunque le gusta el alpinismo, es un caracol tan particular que cualquier día puede decidir ser atleta de los diez metros lisos.

En su familia, seguro que nadie le hacía mucho caso. Su padre habría emigrado al otro lado del muro de piedra para buscar comida y su madre se habría quedado en el jardín con todos sus hermanos y hermanas. Lo sé porque están los ocho: un caracol de concha vieja y siete con la concha todavía muy joven, debajo de la ventana del baño, esperando por él.

Me imagino que Prisciliano nunca seguiría el camino que le marcaba su madre, que no aguantaría que le dijesen por dónde tenía que arrastrarse. Si alguna hermana

o algún hermano le decía: «¡Por ahí no!», él decidía ir justo por allí. Nos pasa lo mismo a muchas personas, pero para un caracol el mundo es mucho más grande, y Prisciliano desearía verlo todo, o por lo menos lo que le diese tiempo sin apurarse mucho.

Los caracoles no tienen prisa, porque tampoco tienen reloj, y cuando se cansan se duermen, tan tranquilos.

Prisciliano sabía que estaba prohibido entrar en la casa de piedra, le habrían contado que si entraba allí moriría casi seguro. Y fue entonces cuando decidió arriesgarse.

Tardaría varios días en llegar a la ventana, estirando los ojos a su alrededor por si algún pájaro andaba cerca. Entraría por el hueco de la ventana abierta y le habría gustado ese lugar húmedo y caliente, así que se quedó. De vez en cuando, Prisciliano se pega al cristal y pone su mejor cara, para que sepan que está bien, y que nadie lo ha aplastado.

Por eso llevé una planta con muchas hojas para el baño. Hojas verdes, sabrosas, de esas que quieres morder, sobre todo si eres un caracol.

Siempre dejo la ventana del baño abierta. No quiero que Prisciliano se sienta prisionero. Quizás en primavera note el impulso de ir más allá de la casa, y del jardín, por el sendero que se pierde en la robleda.

18